



Índice

Jueves Santo

.- Juan Pablo II

.- Meditación sobre la 1ª: lectura: Éxodo 12, 1-8; 11-14

.- Meditación sobre: Juan 13, 1-15 el Evangelio: Juan 13, 1-15

.- Meditación para el Jueves Santo

.- La letra narra lo ocurrido " La pascua de la historia"

.- Otra Meditación para el Jueves Santo

.- El lavatorio de los pies

.- Dos entregas

.- En la noche que van a entregarlo.

.- En la noche más larga de la historia

.- Juan Pablo II

Ha sido el apóstol Pablo, en la primera Carta a los Corintios, quien nos ha recordado lo que hizo Jesús "en la noche en que iba a ser entregado". A la narración del hecho histórico, Pablo añadió su propio comentario: "cada vez que coméis este pan y bebéis esta copa, anunciáis la muerte del Señor, hasta que venga" (1 Corintios 11, 26). El mensaje del apóstol es claro: la comunidad que celebra la Cena del Señor actualiza la Pascua. La Eucaristía no es la simple memoria de un rito pasado, sino la viva representación del gesto supremo del Salvador. Esta experiencia



Reflexiones Católicas.

tiene que llevar a la comunidad cristiana a convertirse en profecía del mundo nuevo, inaugurado por la Pascua. Al contemplar en la tarde de hoy el misterio de amor que nos vuelve a proponer la Última Cena, también nosotros tenemos que permanecer en conmovida y silenciosa adoración.

El "escándalo" de la Eucaristía

¡Es el prodigio que nosotros, los sacerdotes, tocamos todos los días con nuestras manos en la santa Misa! La Iglesia sigue repitiendo las palabras de Jesús y sabe que está comprometida a hacerlo hasta el fin del mundo. En virtud de esas palabras se realiza un admirable cambio: permanecen las especies eucarísticas, pero el pan y el vino se convierten, según la feliz expresión del Concilio de Trento "verdadera, real y substancialmente" en el Cuerpo y la Sangre del Señor.

La mente se siente perdida ante un misterio tan sublime. Tantos interrogantes se asoman al corazón del creyente que, sin embargo, encuentra paz en la palabra de Cristo. "Et si sensus deficit / ad firmandum cor sincerum sola fides sufficit – Si los sentidos desfallecen / la fe es suficiente para un corazón sincero". Apoyados por esta fe, por esta luz que ilumina nuestros pasos también en la noche de la duda y de la dificultad, podemos proclamar: "Tantum ergo Sacramentum / veneremur cernui – A un Sacramento tan grande / venerémoslo postrados".

Nuevo Cordero

La institución de la Eucaristía se remonta así al rito pascual de la primera Alianza, que se nos describe en la página del Éxodo acaba de proclamarse: en ella se habla del cordero "sin defecto, macho, de un año" (Éxodo 12, 5) cuyo sacrificio liberaría al pueblo del exterminio: "La sangre será vuestra señal en las casas donde moráis. Cuando yo vea la sangre pasaré de largo ante vosotros, y no habrá entre vosotros plaga exterminadora" (12, 13).

Los textos bíblicos de la Liturgia de esta tarde orientan nuestra mirada hacia el nuevo Cordero, que con la sangre derramada libremente en la cruz ha establecido una nueva y definitiva Alianza. La Eucaristía es presencia sacramental de la carne inmolada y de la sangre derramada del nuevo Cordero. En ella se ofrecen a toda la humanidad la salvación y el amor. ¿Cómo es posible no quedar fascinados por este Misterio? Hagamos nuestras las palabras de santo Tomás de Aquino: "Praestet fides



Reflexiones Católicas.

supplementum sensuum defectui – Que supla la fe a los defectos de los sentidos". ¡Sí, la fe nos lleva al estupor y a la adoración!

"Los amó hasta el extremo" (Juan 13, 1). La Eucaristía constituye el signo perenne del amor de Dios, amor que sostiene nuestro camino hacia la plena comunión con el Padre, a través del Hijo, en el Espíritu. Es un amor que supera la capacidad del corazón del hombre. Al detenernos esta noche a adorar el Santísimo Sacramento y al meditar en el misterio de la Última Cena, nos sentimos sumergidos en el océano de amor que mana del corazón de Dios.

Juan Pablo II

.- JUEVES SANTO: Sobre la primera lectura: Éxodo 12, 1-8. 11-14

-La cena pascual. Es la descripción del ceremonial judío del «cordero pascual». Una ceremonia que Jesús vivió todos los años de su vida... hasta ese día, jueves, víspera de su muerte en la que, pasando él mismo a ser el cordero que quita el pecado del mundo, transformó en "misa" esa comida ritual. Contemplo a Jesús, en la mesa, con sus amigos, viviendo ese ritual... tan lleno de símbolos.

-Este mes será para vosotros el primero de los meses... Pascua se inserta en el calendario de los hombres. «En el tiempo», en la historia de nuestra época, en la historia de mi propia vida, es donde se inserta nuestra «salvación». Este año... mi Pascua no será la del año anterior. «Este mes marcará para vosotros el comienzo del año». ¿Qué nuevo año inaugurará esta Semana Santa para mí?

-Si la familia fuese demasiado reducida para todo un cordero, invitará al vecino, más próximo. Tomarán sangre y untarán con ella las dos jambas y el dintel de la puerta... Rito comunitario. ¡No puede cumplirse solo, individualmente!. Rito actual. No es sólo recuerdo del pasado, de la «liberación de Egipto»... Es también la «liberación actual». Cada generación está comprometida a ese rito. Todos los años, icada una de las casas es señalada con la "sangre" que salva! Este año, cada casa,



Reflexiones Católicas.

cada cristiano, necesita participar del sacrificio de Jesús. Mi confesión y mi comunión de Pascua... ¡Vivirlas con menos banalidad que de costumbre! ¡Liberado! ¿Estoy realmente convencido? ¿Siento que lo necesito?

-Me tomaré justicia de todos los dioses de Egipto: «Yo soy el Señor. Veré la sangre y pasaré de largo ante vuestras casas, y no habrá plaga exterminadora entre vosotros. La sangre que salva del mal. La sangre que «quita el pecado del mundo». Por tu Cuerpo, sanados... por tu sangre, sanados. Sana, Señor, el corazón del hombre.

-Ceñidas vuestras cinturas, el bastón en la mano. De generación en generación lo celebraréis como fiesta... Yo soy también un «peregrino» en marcha hacia la Tierra Prometida. ¿De veras estoy disponible, presto a partir para la gran aventura del éxodo? Esta noche se sale de Egipto y se va... hacia la tierra que Dios nos promete. Se deja la tierra de esclavitud, y se va hacia la tierra de libertad. ¿Cuándo se llega? Se deja la vida de pecado y se va hacia una vida de santidad. ¿Cuándo llegaremos? Por el momento, lo importante no es haber llegado sino haber tomado el rumbo. Cada una de las misas comporta también todos esos simbolismos. Leo de nuevo esos párrafos y los voy aplicando a la misa.

.- JUEVES SANTO: Sobre el evangelio: Juan 13, 1-15

-Antes de la fiesta de la Pascua, viendo Jesús que llegaba su hora de pasar de este mundo al Padre...

La cena de esta tarde... la jornada de muerte mañana... y la madrugada de Pascua... son las fases de un mismo misterio: es la "fiesta de la Pascua", es la "hora" de Jesús! Y en su conciencia, todo se resume en esta realidad: "El pasa de este mundo al Padre"... un paso doloroso y feliz a la vez.

Señor, cuando sea mi hora... haz que me acuerde de esto.

-Jesús, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, al fin extremadamente los amó... La única explicación de la cruz



Reflexiones Católicas.

esta aquí. Es el amor. Un amor que va hasta el fin. Yo tengo siempre necesidad de ser amado así... más allá de mis faltas, más allá de mis "desamores"...

-Comenzada la cena, Jesús, sabiendo que el Padre había puesto en sus manos todas las cosas y que había salido de Dios y a Él se volvió, se levantó de la mesa, se quitó los vestidos y, tomando una toalla, se la ciñó; luego echó agua en la jofaina, y comenzó a lavar los pies de sus discípulos... Contraste total entre el comienzo de la frase y el final: la majestad divina, los gestos humillantes del servidor. El "Señor" se hace "servidor". El evangelista san Juan no dice una palabra de la institución de la eucaristía en el relato que nos da de la última velada de Jesús. Pero, en su lugar, cita este gesto de "servidor". No es por azar. Este gesto solemne de Jesús da igualmente la significación profunda de la eucaristía y de la cruz:

-- he aquí mi cuerpo entregado por vosotros.

-- Yo me pongo a vuestro servicio."

-"Si no te lavo los pies, no tendrás parte conmigo." El incidente de Pedro tratando de rehusar este servicio pone en evidencia esta significación. No, no se trata solamente de dejarse "lavar" por Jesús; lo que está en juego es: dejarse "salvar": Si tú no quieres, no tendrás parte conmigo... tú no puedes salvarte solo, debes aceptar la salvación que te ofrezco por mi sacrificio de la cruz, En cada misa se reproduce este mismo misterio de salvación.

-Vosotros me llamáis "Maestro y Señor" y decís bien, porque lo soy de verdad. Si pues Yo, siendo vuestro Señor y Maestro, os he lavado los pies, también habéis de lavaros vosotros los pies, unos a otros. Porque Yo os he dado el ejemplo, para que vosotros hagáis también como Yo he hecho. He aquí lo que debería ser la actitud de los comensales a la cena del Señor. La eucaristía debería construir una comunidad de amor donde cada uno se pusiera al servicio de los demás. La Cena Eucarística es una exigencia de amor-servicial. ¡Cuan lejos estamos, Señor! Las divisiones de los cristianos son un verdadero escándalo: lo contrario de lo que Jesús ha querido. El egoísmo de los cristianos es un verdadero escándalo: lo contrario de ese servicio recíproco, humilde, concreto, que Jesús nos ha hecho al



"salvarnos". El sentido más profundo de la eucaristía es el de reunir a los hombres animados de este espíritu: Servir.

.- Meditación para el Jueves Santo

La Pascua judía era y sigue siendo una fiesta familiar. No se celebraba en el templo, sino en la casa. Ya en el Éxodo, en el relato de la noche oscura en que tiene lugar el paso del ángel del Señor, aparece la casa como lugar de salvación, como refugio. Por otra parte, la noche de Egipto es imagen de las fuerzas de la muerte, de la destrucción y del caos, que surgen siempre de las profundidades del mundo y del hombre y amenazan con destruir la creación «buena» y con transformar el mundo en desierto, en lugar inhabitable. En esta situación, la casa y la familia ofrecen protección y abrigo; en otras palabras: el mundo ha de ser continuamente defendido contra el caos; la creación ha de ser siempre amparada y reconstruida.

En el calendario de los nómadas, de los cuales heredó Israel la fiesta pascual, la Pascua era el primer día del año, el día en que Israel había de ser nuevamente defendido contra la amenaza de la nada. La casa y la familia son como el valle en que la vida se halla protegida, el lugar de la seguridad y de la paz; la paz del habitar juntos, que permite vivir y guarda la creación. También en tiempos de Jesús se celebraba la Pascua en las casas, en las familias, luego de la inmolación de los corderos en el templo. Estaba prohibido abandonar la ciudad de Jerusalén en la noche de Pascua. Toda la ciudad se consideraba lugar de salvación contra la noche del caos, y sus muros eran como diques que defendieran la creación.

Todos los años, por Pascua, Israel debía acudir en peregrinación a la ciudad santa, para volver a sus orígenes, para ser creado de nuevo, para recibir otra vez su salvación, su liberación y fundamento. Hay aquí una profunda sabiduría. A lo largo de un año, un pueblo se halla siempre en peligro de disgregarse, no sólo exteriormente, sino también desde dentro, y de perder así las bases interiores que lo sustentan y rigen. Tiene necesidad de volver a sus antiguos fundamentos. La Pascua representaba este retorno anual de Israel, desde los peligros de aquel caos que amenaza a todo pueblo a aquello que antaño lo había fundado y que continuaba edificándolo en todo momento, a su ininterrumpida defensa y a la nueva creación de sus orígenes. Y puesto que Israel sabía que sobre él brillaba la estrella de la elección, era también



Reflexiones Católicas.

consciente de que su buena o malaventura traería consecuencias para el mundo entero, que en su existencia o en su fracaso se jugaba el destino de la tierra y de la creación.

También Jesús celebró la Pascua conformándose al espíritu de esta prescripción: en casa, con su familia, con los apóstoles, que se habían convertido en su nueva familia. Obrando de este modo, obedecía también a un precepto entonces vigente, según el cual los judíos que acudían a Jerusalén podían establecer asociaciones de peregrinos, llamadas *chaburot*, que por aquella noche constituían la casa y la familia de la Pascua. Y es así como la Pascua ha venido a ser también una fiesta de los cristianos. Nosotros somos la *chaburah* de Jesús, su familia, la que él fundó con sus compañeros de peregrinación, con los amigos que con él recorren el camino del Evangelio a través de la tierra y de la historia.

Como compañeros suyos de peregrinación, nosotros somos su casa, y de esta suerte la Iglesia es la nueva familia y la nueva ciudad que es para nosotros lo que fue Jerusalén, casa viviente que aleja las fuerzas del mal y lugar de paz que protege a la creación y a nosotros mismos. La Iglesia es la nueva ciudad en cuanto familia de Jesús; es la Jerusalén viviente, cuya fe es barrera y muralla contra las fuerzas amenazantes del caos, que se confabulan para destruir el mundo. Sus murallas se hacen fuertes en virtud del signo de la sangre de Cristo, es decir, en virtud del amor que llega hasta el fin y que no conoce límites. Este amor es la potencia que lucha contra el caos; es la fuerza creadora que funda continuamente al mundo, los pueblos y las familias, y de este modo nos ofrece el salón, el lugar de la paz, en el que podemos vivir el uno con el otro, el uno para el otro, el uno proyectado hacia el otro.

Pienso que, sobre todo en nuestro tiempo, existen sobradas razones para reflexionar de nuevo sobre tales analogías y referencias, y para dejar que ellas nos hablen. Porque no podemos menos de ver la fuerza del caos; no podemos menos de ver cómo surgen, precisamente en el seno de una sociedad desarrollada que parece saberlo y poderlo todo, las fuerzas primordiales del caos que se oponen a lo que esa sociedad define como progreso. Vemos cómo un pueblo que ha llegado a la cúspide del bienestar, de la capacidad técnica y del dominio científico del mundo, puede ser destruido desde dentro, y cómo la creación es amenazada por las



Reflexiones Católicas.

oscuras potencias que anidan en el corazón del hombre y cuya sombra se cierne sobre el mundo.

Sabemos por experiencia que la técnica y el dinero no pueden por sí solos alejar la capacidad destructiva del caos. Únicamente pueden hacerlo las murallas auténticas que el Señor nos ha construido y la nueva familia que nos ha dado. Y yo pienso que, por este motivo, la fiesta pascual, que nosotros hemos recibido de los nómadas a través de Israel y de Cristo, tiene también una importancia política eminente en el más profundo de los sentidos. Nuestros pueblos de Europa tienen necesidad de volver a sus fundamentos espirituales si no quieren perecer, víctimas de la autodestrucción.

Esta fiesta debería volver a ser hoy una fiesta de la familia, que es el auténtico dique puesto para defensa de la nación y de la humanidad. Quiera Dios que alcancemos a comprender de nuevo esta admonición, de suerte que renovemos la celebración de la familia como casa viviente, donde la humanidad crece y se vence al caos y la nada. Pero debemos añadir que la familia, este lugar de la humanidad, este abrigo de la criatura, únicamente puede subsistir cuando ella misma se halla puesta bajo el signo del Cordero, cuando es protegida por la fuerza de la fe y congregada por el amor de Jesucristo. La familia aislada no puede sobrevivir; se disuelve sin remedio si no se inserta en la gran familia, que le da estabilidad y firmeza. Por esta razón, ésta ha de ser la noche en la que rehacemos el camino que conduce a la nueva ciudad, a la nueva familia, a la Iglesia; la noche en que de nuevo nos adherimos a ella con el más firme de los vínculos, como a la patria del corazón. En esta noche deberíamos aprender de esta familia de Jesucristo a conocer mejor a la familia humana y a la humanidad que ha de guiarnos y protegernos.

Se nos ofrece otra reflexión. Israel heredó esta fiesta del culto y de la cultura de los nómadas. Celebraban éstos la fiesta de la primavera el día en que iniciaban una nueva migración con sus rebaños. Lo primero que se hacía era trazar con sangre de cordero un círculo en torno a las tiendas. Con este gesto trataban de defenderse seguramente contra las fuerzas de la muerte, a las que deberían enfrentarse en no pocas ocasiones en el mundo desconocido del desierto. La ceremonia se llevaba a cabo con las vestimentas del peregrino en el momento de la partida, con la comida de los nómadas, el cordero, las hierbas amargas, que sustituían a la sal, y con el pan sin levadura. Israel ha heredado de sus tiempos de nomadismo estos elementos fundamentales en la



Reflexiones Católicas.

celebración tradicional de la fiesta, y la Pascua le ha recordado siempre el tiempo en que era un pueblo sin hogar, un pueblo en camino y sin patria. Esta fiesta le ha traído siempre a la memoria que, aun cuando tenemos casa, seguimos siendo nómadas; como hombres que somos, nunca nos hallamos definitivamente en casa, estamos siempre con el pie en el estribo. Y pues vamos de camino y nada nos pertenece, todo cuanto poseemos es de todos y nosotros mismos somos el uno para el otro. La Iglesia primitiva tradujo la palabra Pascha como «paso», y expresó de este modo el camino de Jesucristo a través de la muerte hasta la nueva vida de la Resurrección.

CR/PEREGRINO: Por este motivo, la Pascua ha sido siempre, y sigue siendo hoy para nosotros, fiesta de la peregrinación; también a nosotros nos dice: somos únicamente huéspedes en la tierra; todos somos huéspedes de Dios. Por eso nos exhorta a sentirnos hermanos de aquellos que son huéspedes, pues nosotros mismos no somos otra cosa que huéspedes. Somos tan sólo huéspedes en la tierra; el Señor, que se hizo él mismo huésped y nómada, nos pide que nos abramos a todos aquellos que en este mundo han perdido la patria; espera de nosotros que nos pongamos a disposición de los que sufren, de los olvidados, de los encarcelados, de los perseguidos. El está presente en todos ellos. En la ley de Israel, cuando se dan normas para el tiempo en que el pueblo se establezca definitivamente en la tierra prometida, se insiste en prescribir que los peregrinos sean tratados igual que todos; y al hacerlo, se acude siempre a las palabras: « ¡Recuerda que tú mismo fuiste nómada y peregrino! » Somos nómadas y peregrinos. Este es el punto de vista desde el que debemos entender la tierra, nuestra vida misma, el ser el uno para el otro.

Estamos tan sólo de paso en la tierra, y esto nos hace recordar nuestra más secreta y profunda condición de peregrinos; nos hace recordar que la tierra no es nuestra meta definitiva, que estamos en camino hacia el mundo nuevo, y que las cosas de la tierra no constituyen la realidad última y definitiva. Apenas nos atrevemos a decirlo, porque se nos echa en cara que los cristianos no se han preocupado nunca de las cosas terrenas, que no se han entregado en serio a edificar la ciudad nueva de este mundo, siempre con el pretexto de que tenían en el otro su morada. Nada de esto es verdad. Quien se zambulle en el mundo, aquel que ve en la tierra el único cielo, hace de la tierra un infierno, porque la fuerza a ser lo que no puede ser, porque quiere poseer en ella la realidad



Reflexiones Católicas.

definitiva, y de esta suerte exige algo que le enfrenta consigo mismo, con la verdad y con los demás.

No; nos hacemos libres, libres de la codicia de poseer, justamente cuando tomamos conciencia de nuestro ser nómadas; es entonces cuando nos hacemos libres los unos para los otros, y es entonces también cuando se nos confía la responsabilidad de transformar la tierra, hasta que podamos un día depositarla en las manos de Dios. Por esta razón, esta noche del tránsito, que nos recuerda el último y definitivo trayecto del Señor, ha de ser para nosotros exhortación constante a recordar nuestro último viaje y a no echar en olvido que un día debemos abandonar todo cuanto poseemos, y que, al final de la vida, lo que de veras cuenta no es lo que tenemos, sino únicamente lo que somos; que, a lo último, deberemos responder sobre cómo -fundados en la fe- hemos sido personas en este mundo, personas que se han dado recíprocamente la paz, la patria, la familia y la nueva ciudad.

La Pascua se celebraba en casa. Así lo hizo también Jesús. Pero después de la comida, él se levantó y salió fuera, rebasó los límites establecidos por la ley, porque pasó al otro lado del torrente Cedrón, que señalaba los confines de Jerusalén. No tuvo miedo del caos, no quiso esquivarlo, se adentró en él hasta lo más profundo, hasta las fauces mismas de la muerte. Jesús salió, y esto significa que, pues las murallas de la Iglesia son la fe y el amor de Jesucristo, la Iglesia no es plaza fortificada, sino ciudad abierta; y, en consecuencia, creer significa salir también con Jesucristo, no temer el caos, porque Jesús es el más fuerte, porque él penetró en ese caos, y nosotros, al afrontarlo, le seguimos a «él». Creer significa salir fuera de los muros y, en medio de este mundo caótico crear espacios de fe y de amor, fundados en la fuerza de Jesucristo. El Señor salió fuera: éste es el signo de su fuerza. Bajó a la noche de Getsemaní, a la noche de la cruz, a la noche del sepulcro. Y pudo bajar porque, frente al poder de la muerte, él es el más fuerte; porque su amor lleva en sí el amor de Dios, que es más poderoso que las fuerzas de la destrucción. Su victoria, por tanto, se hace real justamente en este salir, en el camino de la Pasión, de suerte que, en el misterio de Getsemaní, se halla ya presente el misterio del gozo pascual. Él es el más fuerte; no hay potencia que pueda resistírsele ni lugar que él no llene con su presencia. Nos invita a todos a emprender el camino con él, pues donde hay fe y amor, allí está él, allí la fuerza de la paz, que vence la nada y la muerte.



Reflexiones Católicas.

Al finalizar la liturgia del Jueves Santo, la Iglesia imita el camino de Jesús trasladando al Santísimo desde el tabernáculo a una capilla lateral, que representa la soledad de Getsemaní, la soledad de la mortal angustia de Jesús. En esta capilla rezan los fieles; quieren acompañar a Jesús en la hora de su soledad. Este camino del Jueves Santo no ha de quedar en mero gesto y signo litúrgico. Ha de comprometernos a vivir desde dentro su soledad, a buscarle siempre, a él, que es el olvidado, el escarnecido, y a permanecer a su lado allí donde los hombres se niegan a reconocerle. Este camino litúrgico nos exhorta a buscar la soledad de la oración. Y nos invita también a buscarle entre aquellos que están solos, de los cuales nadie se preocupa, y renovar con él, en medio de las tinieblas, la luz de la vida, que «él» mismo es. Porque es su camino el que ha hecho posible que en este mundo se levante el nuevo día, la vida de la Resurrección, que ya no conoce la noche. En la fe cristiana alcanzamos esta promesa.

Pidamos a Jesús en esta Cuaresma que haga resplandecer su luz por encima de todas las oscuridades de este mundo; que nos haga entender, también a nosotros, que él permanece siempre a nuestro lado en la hora de la soledad y el vacío, en la noche de este mundo, y que así edifica, por nuestro medio, la nueva ciudad de este mundo, el lugar de su paz, de la nueva creación

.- La letra narra lo ocurrido» La Pascua de la historia

En toda la tradición cristiana se ha dado una doble manera de leer las Escrituras, resumida en letra y Espíritu. Letra quiere decir el sentido literal o el hecho histórico narrado; Espíritu indica el misterio escondido en el hecho histórico que se comprende sólo a través de la fe. Dentro del sentido espiritual, se han distinguido, a su vez, tres niveles de significado: el significado cristológico que subraya la referencia a Cristo y a la Iglesia, el significado moral que se refiere al actuar cristiano, y el significado escatológico que se refiere al cumplimiento final.

Este esquema cuatripartito ha sido resumido en un dístico famoso: «Littera gesta docet, quid credas allegoria. / Moralis, quid agas; quod tendas anagogia». La letra te enseña lo ocurrido; lo que debes creer, la alegoría. / La moral enseña qué es lo que hay que hacer; hacia dónde tender, la anagogía.



Reflexiones Católicas.

Esta manera de acercarse a la Escritura despliega toda su pertinencia y fecundidad cuando se aplica a la Pascua. Un autor medieval lo hace en estos términos: «La Pascua puede tener un significado histórico, uno alegórico, uno moral y uno anagógico. Históricamente, la Pascua ocurrió cuando el ángel exterminador pasó por Egipto; alegóricamente, cuando la Iglesia, en el bautismo, pasa de la infidelidad a la fe; moralmente, cuando el alma, a través de la confesión y la contrición, pasa del vicio a la virtud; anagóticamente, cuando pasamos de la miseria de esta vida a los gozos eternos» (Sicardo de Cremona, «Mitral», VI, 15 (PL 213, 543)).

En las meditaciones cuaresmales de este año quisiera explorar el sentido de la Pascua de Cristo, siguiendo este método que procede de la tradición más constante de la Iglesia. Dado que sólo tenemos a nuestra disposición tres momentos (el viernes 19 de marzo es la fiesta de san José), tendremos que renunciar a tratar el último sentido, el anagógico, que nos invita a tender hacia la Pascua eterna del cielo. Lo dejaremos para la meditación personal.

En esta primera meditación reflexionemos sobre la dimensión histórica de la Pascua, es decir, sobre los acontecimientos en los que encuentra su origen. Si habláramos de la Pascua en general, la «letra» que habría que examinar serían las narraciones del Éxodo, que hablan de la inmolación del cordero en Egipto; concentrándonos en la Pascua cristiana, la «letra» son las narraciones de la pasión y resurrección de Cristo.

1. La letra, ¿narra verdaderamente lo ocurrido?

En este sentido, surge una pregunta muy actual: la letra, ¿refiere verdaderamente, en este caso, a «los hechos», como dice el dístico antiguo, o más bien ofrece una versión «tendenciosa» de ellos, que responde a fines apologéticos? Como reacción a una reciente película sobre la Pasión de Cristo, se ha difundido en este sentido una opinión que no puede dejarse sin respuesta.

La tesis adoptada por revistas de difusión mundial y divulgada en Italia incluso por un telediario de la noche, es, en resumidas cuentas, la siguiente. Atenerse estrictamente a las narraciones evangélicas en la manera de representar la pasión significa ignorar los resultados de la ciencia exegética moderna. Ésta afirma que, al contar los hechos, Marcos y, detrás de él los demás evangelistas, han atribuido la responsabilidad de la muerte de Cristo a los judíos para ganarse el favor del poder político romano y tranquilizarlo ante la nueva religión.



Reflexiones Católicas.

En realidad, el motivo principal de la condena de Jesús fue de carácter político y no religioso, es decir, a causa de la amenaza que él constituía para el orden establecido (Cf. John Meacham, «Who killed Jesus?» --¿Quién mató a Jesús?--, en «Newsweek», 16 de febrero de 2004, páginas 49-57).

Hay que decir, ante todo, que independientemente de cuál sea la explicación que se dé de las circunstancias externas y de las motivaciones jurídicas de la muerte de Cristo, éstas no afectan en lo más mínimo al sentido real de su muerte, que depende de lo que él pensaba, y no de lo que pensaban los demás. Y el sentido que él daba a su muerte lo dejó claro anticipadamente, en el momento de la institución de la Eucaristía: «Tomad y comed todos de él, porque esto es mi Cuerpo, que será entregado por vosotros».

Una vez hecha esta aclaración, hay que observar sin embargo la seriedad de lo que nos estamos jugando con estas discusiones. La fe cristiana es una fe basada en la historia; la compatibilidad con la historia no es menos necesaria que la compatibilidad con la razón. No es suficiente decir que los evangelios «no nos han caído del cielo ya perfectamente redactados, sino que son producidos por manos y corazones humanos», sometidos a condicionamientos y prejuicios. Esto lo admite hoy todo cultor serio de los estudios bíblicos. El problema consiste en saber si son narraciones honestas o no; si el prejuicio es inconsciente, o si es una tesis conscientemente asumida y llevada adelante según su antojo.

Dado que afronté este problema cuando enseñaba historia de los orígenes cristianos en la Universidad Católica de Milán (Cf. Los resultados de la investigación en "Los primeros cristianos, la política y el estado" [«I primi cristiani, la politica e lo stato»], «Vita e Pensiero» [año 54, n.6, noviembre-diciembre de 1972], en particular «Jesús y la revolución» [«Gesù e la rivoluzione»], pp. 5-18 y «Diez años de estudios sobre el proceso de Jesús y sobre Jesús y los zelotes» [«Dieci anni di studi sul processo di Gesù e su Gesù e gli zeloti»], pp. 108-136), me parece que es mi deber ofrecer una pequeña contribución para aclarar esta discusión. Hay que negar enérgicamente que la investigación histórica moderna haya llegado a conclusiones diferentes de las que se sacaban de la lectura de los Evangelios sobre la condena de Cristo.

La tesis de la motivación esencialmente política de la condena de Cristo surgió en los últimos cincuenta años por dos preocupaciones y tuvo dos razones de ser. La primera, fue el epílogo trágico del



Reflexiones Católicas.

antisemitismo con el Holocausto, la segunda la afirmación en los años sesenta y setenta de la así llamada teología de la revolución. Si no se quería que Che Guevara conquistara el lugar de Cristo en el corazón de las nuevas generaciones, no quedaba otra solución que hacer de él su discípulo. Los dos puntos de vista, por caminos diferentes, llegaban esencialmente a una conclusión común: Jesús fue un simpatizante del movimiento zelote, que buscaba levantar con la fuerza el yugo de la dominación romana y de las clases ricas locales que lo apoyaban. Se veían pruebas de esto en el hecho de que uno de sus discípulos se llamaba Simón «Zelotes» (con este mismo razonamiento se podía defender la tesis de que Jesús colaboraba con los romanos, habiendo llamado a su seguimiento a Mateo el «Publicano»), o el apodo de Judas «Iscariote», que podía ser una deformación de «Sicariote», el nombre con el que se designaba al ala más radical del partido zelote, así como otros hechos, como la expulsión del templo de los mercaderes, la entrada triunfal en Jerusalén, la multiplicación de los panes y el intento de hacerle rey...

En pocos años, la tesis del Jesús revolucionario ha sido abandonada como algo imposible de sostener. Terminaba por atribuir a Jesús precisamente la idea de un Mesías que se impone con la fuerza sobre esa misma fuerza contra la que luchó durante toda su vida. Ha quedado en pie, sin embargo, la otra tesis, sugerida por el deseo de quitar todo pretexto al antisemitismo.

Se trata de una preocupación justa, pero es sabido que el daño más grave que se le puede hacer a una causa justa es el de defenderla con argumentos equivocados. La lucha contra el antisemitismo tiene que basarse sobre un fundamento más seguro que el de una hipótesis discutible como ésta. El Concilio Vaticano II lo formula así: «Aunque las autoridades de los judíos con sus seguidores reclamaron la muerte de Cristo, sin embargo, lo que en su Pasión se hizo, no puede ser imputado ni indistintamente a todos los judíos que entonces vivían, ni a los judíos de hoy» («Nostra aetate», 4).

En esta afirmación se da una cierta convergencia con la misma tradición judía del pasado. De las noticias sobre la muerte de Jesús, presentes en el «Talmud» y en otras fuentes judías (si bien tardías e históricamente contradictorias) surge un elemento: la tradición judía nunca ha negado una participación de las autoridades de la época en la condena de Cristo. No fundamentó su defensa negando el hecho; en todo caso, negó que desde el punto de vista judío constituyera un delito o que su condena haya sido injusta (Cf. J. Blinzler, «El proceso de Jesús» --«Il Processo di Gesù», Brescia 1966, pp.32 ss).



Reflexiones Católicas.

Esta versión es compatible con la de las fuentes del Nuevo Testamento que, si bien por una parte destacan la participación de las autoridades judías en la condena de Cristo, por otra la excusan, atribuyéndola a la ignorancia (Cf. Lucas 23,34; Hechos 3, 17; 1 Corintios 2,8). Sólo Dios, que escruta los corazones, sabe hasta qué punto esta ignorancia se debió a la objetiva dificultad para reconocer como verdadera la reivindicación mesiánica de Cristo o a motivos menos excusables (Juan 5, 44 menciona entre éstos la búsqueda de la gloria humana) y ninguno de nosotros puede dar un juicio definitivo, ni sobre Judas, ni sobre Caifás, ni sobre Pilatos. Se llega así a una constatación fundamental: ninguna fórmula de fe del Nuevo Testamento y de la Iglesia dice que Jesús murió «a causa de los pecados de los judíos»; todas dicen que «murió a causa de "nuestros" pecados», es decir, de los pecados de todos.

El falta de responsabilidad del pueblo judío en cuanto tal en la muerte de Jesús se debe a una certeza bíblica que los cristianos tienen en común con los judíos, pero que por desgracia por muchos siglos ha sido olvidada por motivos extraños: «El que peque es quien morirá; el hijo no cargará con la culpa de su padre, ni el padre con la culpa de su hijo» (Ezequiel 18, 20). La doctrina de la Iglesia reconoce un solo pecado que se transmite por herencia de padres a hijos, el pecado original.

Si se consideraba a los judíos de las generaciones futuras responsables de la muerte de Cristo, por el mismo motivo se debería haber considerado como responsables y acusar de deicidio a los romanos de las generaciones futuras, incluidos los papas de familias romanas, pues está claro que, desde el punto de vista jurídico, la condena de Cristo y su ejecución (la forma de la crucifixión lo confirma) deben imputarse en último término a la autoridad romana.

Como creyentes, quizá tenemos que superar la afirmación de la no culpabilidad del pueblo judío y ver en el sufrimiento injusto que por este motivo ha sufrido en la historia como algo que le pone de parte del Siervo sufriente de Dios y, por tanto, para nosotros cristianos, de parte de Jesús. Edith Stein había comprendido en este sentido el drama que se estaba gestando para ella y para su pueblo en la Alemania de Hitler: «Allí, bajo la cruz, comprendí el destino del pueblo de Dios. Pensé: aquellos que saben que esta es la cruz de Cristo tienen el deber de cargar con ella, en nombre de todos los demás».



Reflexiones Católicas.

En vez de hablar de la responsabilidad del pueblo judío por la muerte de Cristo se debería hablar de la responsabilidad del pueblo cristiano por la muerte de los judíos. Es lo que Juan Pablo II hizo en el mes de marzo del año jubilar, al poner en una fisura del muro de las lamentaciones de Jerusalén la petición de perdón por los sufrimientos causados por los cristianos al pueblo de Israel.

Un comunicado del Congreso Judío de Canadá dice que la película de Gibson puede convertirse, si queremos, en una «oportunidad» para judíos y cristianos para avanzar en el camino de la reconciliación y de la amistad (Cf. Canadian Jewish Congress statement to our fellow Canadians of the Christian faith in advance of the release of The Passion of the Christ. Para mí, y estoy seguro que para muchos cristianos, todo lo que se ha escrito sobre esta película (la película no, pues no la he visto) ha servido para aumentar el sentimiento de la inmensa gratitud que debemos al pueblo judío por haber dado al mundo a Jesús de Nazaret y por el precio incalculable que ha tenido que pagar a causa de este don.

2. ¿Podemos seguir creyendo todavía en las narraciones de la pasión?

Una vez dejado claro el rechazo del antisemitismo, podemos volver a afrontar la cuestión del carácter atendible de las narraciones de la pasión, la única que nos interesa en esta sede. Quisiera hacer presentes algunos hechos que inducen a tomar con mucha cautela la tesis, según la cual, han sido escritos con la preocupación de tranquilizar a las autoridades del imperio sobre los cristianos.

Esta tesis acaba colocando los escritos apostólicos en el mismo género literario de las Apologías, dirigidas por autores cristianos del siglo II a los emperadores romanos para convencerles de la bondad de su religión. Se olvida que surgieron para el uso interno de la comunidad cristiana, sin pensar en lectores ajenos a ella y de hecho nunca lo fueron. (El primer autor pagano que demuestra haber leído las fuentes cristianas es Celso, en el siglo II, y no precisamente por motivos políticos).

Sabemos que las narraciones de la pasión, en unidades más breves y en forma oral, circulaban en las comunidades ya mucho antes de la redacción final de los evangelios, incluido el de Marcos. Pablo, en su carta más antigua, escrita en torno al año 50, ofrece la misma versión fundamental de los evangelios sobre la muerte de Cristo (Cf. 1 Tesalonicenses 2,15). Sobre los hechos acaecidos en Jerusalén poco antes de su llegada a la ciudad debía haber sido informado mejor que



Reflexiones Católicas.

nosotros, modernos, pues al inicio había defendido los motivos de esta condena.

Durante esta fase más antigua, el cristianismo se consideraba todavía destinado principalmente a Israel; las comunidades en las que se habían formado las primeras tradiciones estaban constituidas en su mayoría por judíos convertidos; Mateo se preocupa por mostrar que Jesús vino para dar cumplimiento a la ley, no para abolir la ley. Si se hubiera dado, por tanto, una preocupación apologética, ésta hubiera debido llevar a presentar la condena de Jesús como una obra más bien de paganos que de las autoridades judías, con el fin de tranquilizar a los judíos de Palestina y de la diáspora.

Muchos de los equívocos surgen por el hecho de que proyectamos al inicio de la Iglesia la situación posterior de contraposición entre judíos y cristianos, mientras que, hasta la afirmación de comunidades compuestas en su mayoría por gentiles, se daba otro tipo de contraposición, es decir, judíos creyentes (en Cristo) y judíos no creyentes en él. La distinción se daba dentro de la común identidad judía. Los discípulos de Jesús podían decir con Pablo: «¿Son judíos? ¡También yo!». Esto da un sentido totalmente diferente a la polémica antijudía de los autores del Nuevo Testamento con respecto a la del cristianismo posterior, al igual que son totalmente diferentes los ataques contra el pueblo de Israel de Moisés y de los profetas a los lanzados por ciertos Padres de la Iglesia o por Lutero.

Por otra parte, cuando Marcos y los demás evangelistas escriben su evangelio ya se había dado la persecución de Nerón; esto debería haber llevado a ver en Jesús la primera víctima del poder romano y en los mártires cristianos víctimas que habían sufrido la misma suerte del Maestro. Se da una confirmación de esto en el Apocalipsis, escrito tras la persecución de Domiciano, durante la cual Roma fue objeto de un ataque feroz («Babilonia», la «Bestia», la «prostituta») a causa de la sangre de los mártires (Cf. Apocalipsis. 13 ss.).

No es posible leer las narraciones de la Pasión ignorando todo lo que las precede. El evangelio atestigua, en cierto sentido en cada página, un contraste religioso creciente entre Jesús y un grupo influyente de judíos (fariseos, doctores de la ley, escribas) sobre la observancia del sábado, sobre la actitud hacia los pecadores y los publicanos, sobre lo puro y lo impuro. J. Jeremias demostró la motivación antifarisea que se da en casi todas las parábolas de Jesús (Cf. J. Jeremias, «Die Gleichnisse Jesu», Gottingen 1962). No es posible eliminar esta premisa sin desintegrar completamente los evangelios y hacerlos



Reflexiones Católicas.

incomprensibles. Una vez demostrada esta confrontación, ¿cómo es posible no pensar que no desempeñó un papel en el momento del ajuste final de cuentas y que las autoridades judías se decidieron a denunciar a Jesús a Pilatos sólo por miedo a una intervención armada de los romanos, como si lo hicieran de mala gana?

Uno de los argumentos más aducidos contra la veracidad de las narraciones evangélicas es la imagen que nos ofrecen de un Pilatos sensible a razones de justicia, que se preocupa por la suerte de un desconocido judío, pues se sabe que era un tipo duro y cruel, capaz de ahogar en la sangre el indicio más mínimo de revuelta.

Aquí se da una equivocación. Pilatos no trata de salvar a Jesús por compasión por la víctima, sino únicamente por el espíritu de revancha contra sus acusadores con los cuales tenía lugar una guerra de sordos desde su llegada a Judea. Si los primeros cristianos se equivocaron en algo fue en atribuir la decisión de Pilatos a sentimientos de justicia y de piedad por Jesús (para Tertuliano era cristiano en secreto y la Iglesia copta lo ha canonizado junto a su mujer!). En realidad, lo que le movía era únicamente la voluntad de no dar ninguna satisfacción a sus odiados jefes judíos. Si se lee con un mínimo de psicología el diálogo entre él y los acusadores de Jesús, es posible darse cuenta de que los evangelistas también se dieron cuenta de esta motivación.

Como conclusión, hay que decir que la discusión sobre los motivos de la condena de Cristo en los años posteriores a la segunda guerra mundial ha producido una avalancha de hipótesis críticas, que con frecuencia están en mutua contradicción, pero no ha logrado el consenso de la mayoría de los historiadores en ningún aspecto importante. Cada vez que se quería eliminar una dificultad, surgían racimos de otras nuevas. Alguien, por ejemplo, trató de eliminar el proceso ante el Sanedrín por considerarlo como antihistórico, pero pronto fue posible darse cuenta de que de este modo ya no se podía explicar el episodio seguramente histórico de la negación de Pedro, intrínsecamente ligado al momento y al lugar de ese proceso.

Las narraciones evangélicas presentan, sin duda, numerosas discrepancias en los detalles y puntos oscuros pero, si se presta atención, esto confirma su carácter «ingenuo», narraciones surgidas de la vida y de los recuerdos de personas diferentes, que no buscan demostrar una tesis. Un índice de honestidad de las narraciones de la Pasión lo constituye el papel que desempeñan sus mismo autores: uno lo reniega; otro lo traiciona, y todos huyen ignominiosamente en



Reflexiones Católicas.

el momento crucial. No se equivocaba totalmente el biblista Lucien Cerfaux cuando decía: «Estamos persuadidos de que la manera más sencilla del Evangelio es también la más científica» (Cf. L. Cerfaux, «Jésus aux origines de la tradition», Lovaina, 1968, traducción italiana, Roma 1970, p. 15).

Esto deja abierta la cuestión sobre el uso que se hace del material evangélico. El hecho de que en el pasado se haya utilizado de manera impropia, con tergiversaciones antijudías, es algo reconocido hoy por todos y firmemente condenado por la Iglesia en apropiados documentos. A la luz de las observaciones hechas, podemos decir lo siguiente: una representación de la pasión debe reprobarse si lleva a creer que todos los judíos de la época y los que vinieron después son responsables de la muerte de Cristo; no se puede acusar de haber traicionado la verdad histórica si se limita a mostrar que un grupo influyente de ellos tuvo un papel determinante.

3. Jesús callaba

Si bien sigue habiendo disparidad de opiniones sobre el papel y la conducta de los diferentes personajes y poderes involucrados en la pasión de Cristo, gracias a Dios hay unanimidad sobre su conducta. Dignidad sobrehumana, calma, libertad absoluta. Ni un solo gesto o palabra que desmienta lo que había predicado en su evangelio, especialmente en las Bienaventuranzas.

Y sin embargo no había nada en él que se parezca al orgulloso desprecio del dolor propio del estoico. Su reacción ante el sufrimiento y la crueldad es humanísima: tiembla y suda sangre en Getsemaní, quisiera que se alejara de él el cáliz, busca apoyo en sus discípulos, grita su desolación en la cruz.

Una película de hace algunos años --«La última tentación de Jesús»-- le mostraba en la cruz frente a las tentaciones de la carne. Se constató con razón la absurdidad psicológica de esa representación. Si Jesús pudo sentir una tentación mientras estaba colgado de la cruz, con la carne desgarrada y los enemigos insultándoles, no fue ciertamente la de la atracción de la carne, sino más bien la del desdén, la de la ira, y la de los sentimientos de venganza.

El Salterio le ofrecía palabras de fuego para hacerlo: «Levántate, Señor, destrúyelos...», pero él no cita ninguno de estos salmos de imprecación, sólo cita el Salmo 22, que es una sentida invocación al Padre: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». «Al ser



Reflexiones Católicas.

insultado, no respondía con insultos, al padecer, no amenazaba», dice de él la Primera Carta de Pedro (2, 23). ¡Qué contraste si se compara con el modelo de martirio propuesto en el libro de los Macabeos! (Cf. 2 Macabeos 7).

Sería posible pasar la vida sumergiéndose en esta perfección de la santidad de Cristo y nunca se tocaría el fondo. Nos encontramos ante lo infinito en el orden ético. No hay recuerdo de otra muerte semejante a ésta en la historia. Habría que detenerse al meditar en la pasión en la santidad del protagonista y no tanto en la maldad y vileza de quien le rodea.

Quisiera subrayar un rasgo de esta sobrehumana grandeza de Cristo en la Pasión: su silencio. «Jesus autem tacebat» (Mateo 26, 63). Calla ante Caifás, calla ante Pilatos que se irrita por su silencio, calla ante Herodes que esperaba verle hacer un milagro (Cf. Lucas 23, 8). Jesús no calla por prejuicios o por protesta. No deja sin respuesta ninguna de las preguntas que se le dirigen cuando la verdad está en juego, pero también en este caso se trata de palabras breves, pronunciadas sin ira. El silencio es en sólo y únicamente amor. El silencio de Jesús en la Pasión es la clave para comprender el silencio de Dios. Cuando el ruido de las palabras se hace demasiado estridente, la única manera de decir algo es callándose. El silencio de Jesús de hecho inquieta, irrita, saca a la luz la falta de verdad de las propias palabras, como cuando callaba ante los acusadores de la adúltera.

«Hay que callarse ante aquello de lo que no se puede hablar»: este eslogan famoso del positivismo lingüístico que (contra la intención de su autor) ha servido para excluir la posibilidad de toda afirmación sobre Dios y sobre la misma teología, puede tener un sentido verdadero y profundo, y lo tiene en el caso de Jesús. «Tengo muchas cosas que decir, o más bien una sola pero tan grande como el mar», exclama al estar cerca de la muerte la heroína de una ópera lírica. Estas palabras se podrían poner en labios de Jesús. Él sólo tenía una cosa que decir, pero tan grande que los hombres no estaban preparados para acogerla. Había tratado de decirla pronunciando, ante Pilatos, la palabra «iverdad!», pero conocemos el desenlace.

Esta primera meditación, sobre la dimensión histórica, la «letra» de la Pascua, no es el lugar para las aplicaciones morales que vendrán después. Cada quien debe más bien reflexionar por su cuenta sobre lo que le dice a él o a la Iglesia este aspecto de Cristo en su Pasión. Lo que sí está en la línea de las consideraciones históricas que hemos



desarrollado es la apertura de nuestro espíritu a una admiración sin límites, al entusiasmo y a la acción de agracias a Cristo. Conmovernos ante la grandeza de su amor y la majestuosidad de su sufrimiento, diciendo desde lo profundo del corazón: «Adoramus te, Christe, et benedicimus tibi, quia per sanctam crucem tuam redemisti mundum»: «Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos, pues con tu santa Cruz redimiste al mundo».

- . OTRA MEDITACIÓN PARA EL JUEVES SANTO

La liturgia del Jueves Santo es una invitación a profundizar concretamente en el misterio de la Pasión de Cristo, ya que quien desee seguirle tiene que sentarse a su mesa y, con máximo recogimiento, ser espectador de todo lo que aconteció 'en la noche en que iban a entregarlo'. Y por otro lado, el mismo Señor Jesús nos da un testimonio idóneo de la vocación al servicio del mundo y de la Iglesia que tenemos todos los fieles cuando decide lavarle los pies a sus discípulos.

En este sentido, el Evangelio de San Juan presenta a Jesús 'sabiendo que el Padre había puesto todo en sus manos, que venía de Dios y a Dios volvía' pero que, ante cada hombre, siente tal amor que, igual que hizo con sus discípulos, se arrodilla y le lava los pies, como gesto inquietante de una acogida incansable.

San Pablo completa el retablo recordando a todas las comunidades cristianas lo que él mismo recibió: que aquella memorable noche la entrega de Cristo llegó a hacerse sacramento permanente en un pan y en un vino que convierten en alimento su Cuerpo y Sangre para todos los que quieran recordarle y esperar su venida al final de los tiempos, quedando instituida la Eucaristía.

La Santa Misa es entonces la celebración de la Cena del Señor en la cuál Jesús, un día como hoy, la víspera de su pasión, "mientras cenaba con sus discípulos tomó pan..." (Mt 28, 26).

Él quiso que, como en su última Cena, sus discípulos nos reuniéramos y nos acordáramos de Él bendiciendo el pan y el vino: "Hagan esto en memoria mía" (Lc 22,19).

Antes de ser entregado, Cristo se entrega como alimento. Sin embargo, en esa Cena, el Señor Jesús celebra su muerte: lo que hizo, lo hizo como anuncio profético y ofrecimiento anticipado y real



Reflexiones Católicas.

de su muerte antes de su Pasión. Por eso "cuando comemos de ese pan y bebemos de esa copa, proclamamos la muerte del Señor hasta que vuelva" (1 Cor 11, 26).

De aquí que podamos decir que la Eucaristía es memorial no tanto de la Última Cena, sino de la Muerte de Cristo que es Señor, y "Señor de la Muerte", es decir, el Resucitado cuyo regreso esperamos según lo prometió Él mismo en su despedida: " un poco y ya no me veréis y otro poco y me volveréis a ver" (Jn 16,16).

Como dice el prefacio de este día: "Cristo verdadero y único sacerdote, se ofreció como víctima de salvación y nos mandó perpetuar esta ofrenda en conmemoración suya". Pero esta Eucaristía debe celebrarse con características propias: como Misa "en la Cena del Señor".

En esta Misa, de manera distinta a todas las demás Eucaristías, no celebramos "directamente" ni la muerte ni la Resurrección de Cristo. No nos adelantamos al Viernes Santo ni a la Noche de Pascua.

Hoy celebramos la alegría de saber que esa muerte del Señor, que no terminó en el fracaso sino en el éxito, tuvo un por qué y para qué: fue una "entrega", un "darse", fue "por algo" o, mejor dicho, "por alguien" y nada menos que por "nosotros y por nuestra salvación" (Credo). "Nadie me quita la vida, había dicho Jesús, sino que Yo la entrego libremente. Yo tengo poder para entregarla." (Jn 10,16), y hoy nos dice que fue para "remisión de los pecados" (Mt 26,28).

Por eso esta Eucaristía debe celebrarse lo más solemnemente posible, pero, en los cantos, en el mensaje, en los signos, no debe ser ni tan festiva ni tan jubilosamente explosiva como la Noche de Pascua, noche en que celebramos el desenlace glorioso de esta entrega, sin el cual hubiera sido inútil; hubiera sido la entrega de uno más que muere por los pobres y no los libera. Pero tampoco esta Misa está llena de la solemne y contrita tristeza del Viernes Santo, porque lo que nos interesa "subrayar"; en este momento, es que "el Padre nos entregó a su Hijo para que tengamos vida eterna" (Jn 3, 16) y que el Hijo se entregó voluntariamente a nosotros independientemente de que se haya tenido que ser o no, muriendo en una cruz ignominiosa.

Hoy hay alegría y la iglesia rompe la austeridad cuaresmal cantando el "gloria": es la alegría del que se sabe amado por Dios, pero al



Reflexiones Católicas.

mismo tiempo es sobria y dolorida, porque conocemos el precio que le costamos a Cristo.

Podríamos decir que la alegría es por nosotros y el dolor por Él. Sin embargo predomina el gozo porque en el amor nunca podemos hablar estrictamente de tristeza, porque el que da y se da con amor y por amor lo hace con alegría y para dar alegría.

Podemos decir que hoy celebramos con la liturgia (1a Lectura) la Pascua, pero la de la Noche del Éxodo (Ex 12) y no la de la llegada a la Tierra Prometida (Jos. 5, 10-ss).

Hoy inicia la fiesta de la "crisis pascual", es decir de la lucha entre la muerte y la vida, ya que la vida nunca fue absorbida por la muerte pero sí combatida por ella. La noche del sábado de Gloria es el canto a la victoria pero teñida de sangre y hoy es el himno a la lucha pero de quien lleva la victoria porque su arma es el amor

-El lavatorio de los pies

En esta meditación quisiera interpretar un aspecto de la visión del misterio pascual que hallamos en el Evangelio de Juan. Muchos exegetas actuales se hallan de acuerdo en que el Evangelio de Juan se divide en dos partes:

- a) un libro de los signos: c.2-12;
- b) un libro de la gloria: c.13-21.

En esta distribución, sin duda, se acentúa con fuerza el misterio de los tres días, el misterio pascual. Los signos anuncian e interpretan anticipadamente la realidad de estos días, cuyo contenido principal se indica con la palabra «gloria».

1. En esta estructura, el capítulo 13 tiene una importancia particular. La primera parte del mismo expone, a través del gesto simbólico del lavatorio de los pies, el significado de la vida y de la muerte de Jesús. En esta visión desaparece la frontera entre la vida y la muerte del Señor, las cuales se presentan como un acto único, en el que Jesús, el Hijo, lava los pies sucios del hombre. El Señor acepta y realiza el servicio del esclavo, lleva a cabo el trabajo más humilde, el más bajo quehacer del mundo, a fin de hacernos dignos de sentarnos a la mesa, de abrirnos a la comunicación entre



Reflexiones Católicas.

nosotros y con Dios, para habituarnos al culto, a la familiaridad con Dios.

El lavatorio de los pies representa para Juan aquello que constituye el sentido de la vida entera de Jesús: el levantarse de la mesa, el despojarse de las vestiduras de gloria, el inclinarse hacia nosotros en el misterio del perdón, el servicio de la vida y de la muerte humanas. La vida y la muerte de Jesús no están la una al lado de la otra; únicamente en la muerte de Jesús se manifiesta la sustancia y el verdadero contenido de su vida. Vida y muerte se hacen transparentes y revelan el acto de amor que llega hasta el extremo, un amor infinito, que es el único lavatorio verdadero del hombre, el único lavatorio capaz de prepararle para la comunión con Dios, es decir, capaz de hacerle libre. El contenido del relato del lavatorio de los pies puede, por tanto, resumirse del modo siguiente: compenetrarse, incluso por el camino del sufrimiento, con el acto divino-humano del amor, que por su misma esencia es purificación, es decir, liberación del hombre. Esta visión que nos ofrece San Juan contiene, además, algunos aspectos complementarios:

a) Si las cosas son así, la única condición de la salvación es el «sí» al amor de Dios, que se hace posible en Jesús. Esta afirmación no expresa en modo alguno una idea de apokatástasis general, que caería en el error de hacer de Dios una especie de mago y que destruiría la responsabilidad y la dignidad del hombre. El hombre es capaz de rechazar el amor liberador; el Evangelio nos muestra dos tipos de un rechazo semejante. El primero es el de Judas. Judas representa al hombre que no quiere ser amado, al hombre que piensa sólo en poseer, que vive únicamente para las cosas materiales. Por esta razón, San Pablo dice que la avaricia es idolatría (Col 3,5), y Jesús nos enseña que no es posible servir a dos señores. El servicio de Dios y el de las riquezas se excluyen entre sí; el camello no pasa por el hondón de la aguja (Mc 10,25).

b) Pero hay otro tipo de rechazo de Dios; además del rechazo del materialista, se da también el del hombre religioso, representado aquí por Pedro. Existe el peligro que San Pablo llamó «judaísmo» y que es duramente criticado en las cartas paulinas; consiste este peligro en que el «devoto» no quiera aceptar la realidad, es decir, no quiera aceptar que también él tiene necesidad del perdón, que también sus pies están sucios. El peligro que corre el devoto consiste en pensar que no tiene necesidad alguna de la bondad de Dios, en no aceptar la gracia; es el riesgo a que se halla expuesto el hijo mayor en la parábola del hijo pródigo, el riesgo de los



Reflexiones Católicas.

obreros de la primera hora (Mt 20,1-16), el peligro de aquellos que murmuran y sienten envidia porque Dios es bueno. Desde esta perspectiva, ser cristiano significa dejarse lavar los pies o, en otras palabras, creer.

2. Vemos así que, a través de la escena del lavatorio de los pies, el evangelista interpreta no sólo la cristología y la soteriología, sino también la antropología cristiana. Para ilustrar esta afirmación quisiera esbozar ahora tres puntos:

a) Además de la vida y de la muerte de Jesús, esta visión comprende también los sacramentos del bautismo y de la penitencia, que nos sumergen en las aguas del amor de Jesús: la vida y la muerte de Jesús, el bautismo y la penitencia, constituyen juntamente el lavatorio divino, que nos abre el camino de la libertad y nos permite acceder a la mesa de la vida.

b) En esta escena se interpreta también el contenido espiritual del bautismo: el «sí» constante al amor, la fe como acto central de la vida del espíritu. c) De estos dos puntos se desprende una eclesiología y una ética cristianas. Aceptar el lavatorio de los pies significa tomar parte en la acción del Señor, compartirla nosotros mismos, dejarnos identificar con este acto. Aceptar esta tarea quiere decir: continuar el lavatorio, lavar con Cristo los pies sucios del mundo. Jesús dice: «Si yo, pues, os he lavado los pies, siendo vuestro Señor y Maestro, también habéis de lavaros vosotros los pies unos a otros» (13,14). Estas palabras no son una simple aplicación moral del hecho dogmático, sino que pertenecen al centro cristológico mismo. El amor se recibe únicamente amando.

Según el Evangelio de Juan, el amor fraterno se halla entrañado en el amor trinitario. Este es el «mandato nuevo, no en el sentido de un mandamiento exterior, sino como estructura íntima de la esencia cristiana. En este contexto, no carece de interés poner de relieve que San Juan no habla nunca de un amor universal entre todos los hombres, sino únicamente del amor que ha de vivirse en el interior de la comunidad de los hermanos, es decir, de los bautizados. Jn/A-H: No faltan teólogos modernos que critican esta posición de San Juan y hablan de una limitación inaceptable del cristianismo, de una pérdida de universalidad. Es cierto que existe aquí un peligro y que se hace necesario acudir a textos complementarios, como la parábola del samaritano y la del juicio final. A-H/C: Pero, entendido en el contexto de todo el Nuevo Testamento, en su indivisible unidad, Juan expresa una verdad



Reflexiones Católicas.

muy importante: el amor en abstracto nunca tendrá fuerza en el mundo si no hunde sus raíces en comunidades concretas, construidas sobre el amor fraterno. La civilización del amor sólo se construye partiendo de pequeñas comunidades fraternas. Hay que empezar por lo concreto y singular para llegar a lo universal. La construcción de espacios de fraternidad no es hoy menos importante que en tiempos de San Juan o de San Benito. Con la fundación de la fraternidad de los monjes, San Benito se nos revela como el verdadero arquitecto de la Europa cristiana; él fue quien construyó los modelos de la nueva ciudad, inspirados en la fraternidad de la fe.

Volviendo al Evangelio, podemos afirmar que el relato del lavatorio de los pies tiene un contenido muy concreto: la estructura sacramental implica la estructura eclesial, la estructura de la fraternidad. Esta estructura significa que los cristianos han de estar siempre dispuestos a hacerse esclavos los unos de los otros, y que únicamente de este modo podrán realizar la revolución cristiana y construir la nueva ciudad.

3. Quisiera añadir a esta meditación dos exégesis de San Agustín a propósito del lavatorio de los pies; con estas interpretaciones, el Obispo de Hipona explica la tensión de su vida entre contemplación y servicio cotidiano.

a) En una primera consideración, san Agustín reflexiona sobre estas palabras del Señor: "Uno que se ha bañado no necesita lavarse más que los pies, porque todo él está limpio» (/Jn/13/10). El Santo se pregunta qué quiere decir: si uno se ha bañado, es decir, bautizado, todo él está limpio; ¿por qué y en qué sentido tiene necesidad de lavarse los pies? ¿Qué puede significar este lavatorio de los pies, siempre necesario después de haberse bañado, después del bautismo? Así responde el Santo Doctor: sin duda, el bautismo nos ha limpiado enteramente, incluso los pies. Estamos «limpios»; pero, mientras vivimos aquí abajo, nuestros pies pisan la tierra de este mundo. «Pues los mismos afectos humanos, sin los cuales no hay vida en esta nuestra condición mortal, son como los pies, con los cuales entramos en contacto con las realidades humanas; y estas realidades nos alcanzan de tal manera, que si dijéramos que estamos libres de pecado nos engañaríamos a nosotros mismos. Pero el Señor está en presencia de Dios y, en virtud de su intercesión, nos lava los pies día tras día en el momento en que nuestros labios pronuncian la oración: perdona nuestras deudas. Todos los días, cuando rezamos el Padrenuestro,



Reflexiones Católicas.

el Señor se inclina hacia nosotros, toma una toalla y nos lava los pies.

b) San Agustín reflexiona inmediatamente después sobre otro texto de la Escritura, tomado del Cantar de los Cantares, en el que encuentra unos versículos -a primera vista enigmáticos, según él- sobre el tema del lavatorio de los pies. En el capítulo 5 del Cantar hallamos la siguiente escena: la esposa se encuentra en el lecho y duerme, pero su corazón vela. De pronto, un rumor la despierta; el amado llama: «¡Abreme, hermana mía!» La esposa se resiste: «Ya me he quitado la túnica. ¿Cómo volver a vestirme? Ya me he lavado los pies. ¿Cómo volver a ensuciarlos?»

Aquí comienza la reflexión del Santo Doctor. El amado que llama a la puerta de la esposa es Cristo, el Señor. La esposa es la Iglesia, son las almas que aman al Señor. Pero -dice San Agustín- ¿cómo pueden ensuciarse los pies si salen al encuentro del Señor, si van a abrirle la puerta? ¿Cómo podría ensuciarlos el camino que conduce a Cristo, el camino que lava nuestros pies? Ante semejante paradoja, San Agustín descubre algo decisivo para su vida de pastor, para resolver el dilema entre su deseo de oración, de silencio, de intimidad con Dios y las exigencias del trabajo administrativo, de las reuniones, de la vida pastoral. El obispo dice: la esposa que se resiste a abrir son los contemplativos que buscan el retiro perfecto, se apartan por completo del mundo y quieren vivir exclusivamente para la belleza de la verdad y de la fe, dejando que el mundo siga su camino. Pero llega Cristo, resuenan sus pasos, despierta al alma, llama a la puerta y dice: «Tu vives entregada a la contemplación, pero me cierras la puerta. Tú buscas la felicidad para unos pocos, mientras fuera crece la iniquidad y el amor de la multitud se enfría...» Llama, pues, el Señor para sacar de su reposo a los santos ociosos y grita: «Aperi mihi, aperi mihi et praedica me!» A decir verdad, cuando abrimos las puertas, cuando acudimos al trabajo apostólico, nos ensuciamos inevitablemente los pies. Pero los ensuciamos por la causa de Cristo, porque aguarda fuera la multitud y no hay otro modo de llegar a ella que metiéndonos en la inmundicia del mundo, en medio de la cual se encuentra (Ibid.. LVII. 2-6 p. 470ss)

Así interpreta San Agustín su propia situación. Después de la conversión quiso fundar un monasterio, abandonar definitivamente el mundo y vivir con sus amigos dedicado por entero a la verdad, a la contemplación. Pero en el 391, cuando fue ordenado sacerdote en contra de sus deseos el Señor vino a desbaratar este reposo,



Reflexiones Católicas.

llamó a su puerta y desde entonces no había día que no llamara; no le dejaba en paz: «¡Abreme y predica mi Nombre!». Agustín llegaría a comprender que esta llamada que escuchaba a diario era realmente la voz de Jesús, que Jesús le impulsaba a ponerse en contacto con las miserias de la gente (por aquel tiempo, el Santo Obispo hacía también las funciones de Khadi, de juez civil) y que, por paradójico que esto pudiera resultar, era precisamente así como caminaba hacia Jesús, como se acercaba al Señor. «¡Abreme y predica mi Nombre!» Ante la generosa respuesta de San Agustín sobra todo comentario: «Y he aquí que me levanto y abro. ¡Oh Cristo, lava nuestros pies: perdona nuestras deudas, porque nuestro amor no se ha extinguido, porque también nosotros perdonamos a nuestros deudores! Cuando te escuchamos, exultan contigo en el cielo los huesos humillados. Pero cuando te predicamos, pisamos la tierra para abrirte paso; y, por ello, nos conturbamos si somos reprendidos, y si alabados, nos hinchemos de orgullo. Lava nuestros pies, que ya han sido purificados, pero que se han ensuciado al pisar los caminos de la tierra para abrirte la puerta

-DOS ENTREGAS

Hay, en la base de todo lo que celebramos hoy, dos entregas; dos entregas de signos bien distintos y, evidentemente, de resultados opuestos. Una es la entrega de Judas. La traición y el beso hipócrita son su esencia, sus componentes. El móvil, como siempre, unas monedas, un dinero, unas ganancias. Era más provechoso tener "liquidez" en el bolsillo, que una vida humana. Los resultados son conocidos: la prisión, el juicio, la condena... la muerte. No podía ser de otra manera; nunca es de otra manera. A diario, como entonces, se vende a personas por unas monedas y el resultado siempre es el mismo: el egoísmo, la falta de solidaridad, el recelo, la envidia... la muerte.

La otra entrega es la de Jesús; él no vende a nadie, se da él mismo; él no busca el interés, ni el dinero, ni la ganancia, sino la vida para sus amigos, el testimonio que les dará fuerza y ánimo para seguir sus pasos, la ratificación, con su carne y su sangre de que sus palabras no son sólo palabras, ni utopías, ni ilusiones, sino realidades tan auténticas y tan serias que, por ellas, se puede pagar un precio tan caro como el dar la propia vida. Y así, en ese gesto de amor que se teje sobre el pan y el vino (el alimento y la alegría, la carne y la sangre) Jesús se deja



Reflexiones Católicas.

a sí mismo para permanecer siempre con los suyos, para que nunca se encuentren solos ni desamparados en medio del duro combate de la vida. Frente a uno que vende, que le vende a él por unas pocas monedas, Jesús se da, se ofrece gratuitamente; se quiere quedar para siempre con los suyos y se queda.

Vender o darse; el interés o el ofrecimiento; esa es la disyuntiva que aparece en lo que hoy conmemoramos; y esa es la disyuntiva que se nos plantea a todos y cada uno de nosotros. Al repetirse día a día en nuestro mundo -como se repite- el drama de la última cena, necesitamos saber cuál de los dos papeles queremos representar; porque sin lugar a dudas que, uno u otro, alguno de los dos vamos a ejercer. ¿En lugar de quién nos ponemos? Sería relativamente fácil que, cómodamente sentados, mientras leemos o escuchamos estas palabras, no tengamos ningún inconveniente en responder que, desde luego, nosotros nunca nos pondríamos en lugar de Judas; quizá incluso tengamos un arranque de "pseudorealismo" y lleguemos a aceptar que tampoco podemos afirmar con todas las de la ley que nos pongamos en lugar de Jesús, pero que, eso sí, estamos en ello. Si queremos responder con autenticidad, al estilo del evangelio, tendremos que proceder de otra forma: ver en lugar de quién nos solemos poner en la vida diaria:

-¿En lugar de los parados que andan entre la desesperación y el abatimiento, con pocas -o ninguna- perspectiva de solución, porque el paro crece día a día como un imparable cáncer social?

-¿En el de esos gitanos que, día a día, son vejados, rechazados, aislados, expulsados de sus zonas de concentración, quemadas sus chabolas...?

-¿En lugar del anciano enviado al asilo para que no moleste en casa, del transeúnte que no tiene dónde comer ni dormir?

-¿En lugar del que ha sido metido entre rejas, del drogadicto, de la madre soltera, del homosexual, de la prostituta?

-¿En lugar del campesino salvadoreño, o del inmigrante africano o sudamericano? Esa es la única manera válida para saber en lugar de quién nos ponemos; un método que no lo hemos inventado nosotros; son las mismas palabras de Jesús: "...porque tuve hambre y me diste de comer... cada vez que lo



Reflexiones Católicas.

hacías a uno de los más pequeños, me lo hacías a mí"
(/Mt/25/31-46).

Si ante la imagen de Jesús dándose a los hombres, que vemos en el evangelio de hoy, no nos tomamos en serio nuestra conversión, si ante este Jesús que se entrega, nosotros somos incapaces de ponernos en su lugar, habrá que pensar que nuestro corazón se ha puesto muy duro y que hemos de trabajar en serio para transformarnos. (...) Porque el evangelio de hoy no es una parábola más o un milagro más, o una reflexión más, es JC mismo dándose a los hombres, e inaugurando una nueva era: la de los hijos de Dios, hermanos de los hombres.

.-"En la noche en que iban a entregarlo"

Como judío que era también Jesús, quiso celebrar la pascua. Pero en Jesús la pascua judía se convertiría en la pascua de todos los hombres de todos los pueblos. Esta vez no sería sacrificado un cordero sin taras, sino el cordero de Dios, inocente y sin pecado, que sería sacrificado en la cruz para la remisión de todos los pecados.

Aquel día, la humanidad alcanzó su última victoria frente a la muerte. Con la muerte y resurrección de Jesús, la humanidad ha quedado a salvo de todos sus enemigos: del pecado, del demonio y estructuras del pecado y de la muerte consiguiente al primer pecado. Jesús, la noche antes de padecer, quiso anticipar el sacrificio en la institución de la eucaristía.

- "Los amó hasta la muerte". Lo que Jesús anticipaba ritualmente en la eucaristía, lo realizaría dolorosamente al día siguiente en la cruz, llevando así hasta las últimas consecuencias el incomprensible amor de Dios a los hombres. El Señor, que tantas veces había actuado, simbólicamente, en favor del pueblo elegido, librándolo de Egipto y de la cautividad de Babilonia, actúa ahora y de manera definitiva en su Hijo y por su Hijo. Jesús es la manifestación del amor de Dios a los hombres hasta el colmo de la muerte y más allá de la muerte. En la resurrección puede comprenderse lo que intuimos por la fe: que Dios nos ama incomparablemente, a lo grande, a lo Dios.

- "¿Comprendéis lo que he hecho?". El amor de Dios es amor que nos salva y nos libra de toda esclavitud, incluso de la de la muerte y del miedo a morir. Pero es también amor ejemplar, porque es la



Reflexiones Católicas.

norma y el modelo para el establecimiento de cualquier forma de convivencia entre los hombres.

No nos salvará la política económica o la política social, no nos salvarán las organizaciones internacionales, ni las alianzas entre poderosos, no nos salvarán la técnica ni la Declaración de los Derechos Humanos. Todo eso fracasa, lo vemos, por falta de amor, de buena voluntad, de rectitud de intención. Todo eso resulta inútil por el egoísmo, el afán de riquezas, la voluntad de dominar, la insolidaridad. Sólo el amor puede salvar, si amamos como Jesús, si amamos al prójimo como a nosotros mismos.

-"Os he dado ejemplo". Jesús nos dio ejemplo: siendo Dios, no hizo alarde de su categoría divina, sino que se puso a servir y a lavar los pies de sus discípulos. En la eucaristía hacemos memoria del ejemplo de Jesús.

Por eso, la eucaristía es siempre un nuevo lanzamiento, la renovación del compromiso cristiano con Jesús, con los pobres, y con el evangelio, que es justicia. Según la Biblia, el cumplimiento de la voluntad divina es algo que, como el alimento, aumenta la vitalidad y felicidad de los fieles.

¿Tragamos a Cristo? ¿Es él quien da sentido a nuestra vida? Si no es así, ¿qué es lo que marca las pautas y metas de nuestro actuar? "Haced esto" no es simplemente "oir misa" sino asimilar (hacer nuestros) los valores, los ideales, los sentimientos y pensamientos del Señor.

El cotidiano e imprescindible pan equivale a la vida del hombre que de él se sustenta. Dar pan es dar vida. Dar tu pan es dar tu vida. La palabra de Dios es, sin embargo, tan necesaria como el pan, puesto que el hombre no puede vivir y ser feliz sólo con éste (Dt 8, 3). El vino, por su parte, expresa la alegría (Sal 104, 15) y la felicidad y, por tanto, la amistad y el amor de aquellos con quienes se bebe. El color rojo del vino tinto se asemeja a la sangre, símbolo de la vida, que sólo pertenece a Dios. La palabra de Dios, presente en Jesús, se convierte en alimento de vida. No es la antigua ley la que nos mueve, es el Espíritu de Jesús quien nos dinamiza.

¿Cómo damos nuestra vida a los demás? ¿Comunicamos alegría, esperanza, amistad, libertad... o somos vino avinagrado? Ante la presencia en la mesa del cordero pascual, asado a la brasa, alguien



Reflexiones Católicas.

preguntaba: "¿Por qué hacemos esto hoy?". El presidente contestaba contando las acciones salvadoras de Dios en el éxodo.

¿Cuáles son las verdaderas razones de nuestra presencia en esta Eucaristía? ¿En qué hemos experimentado la salvación y el amor de Dios? Se partía el pan y se tomaba la comida recostados en señal de "no esclavitud". El pan era sin levadura vieja, era el "pan de la libertad". Los antiguos y esclavizantes motivos de vivir, la vieja levadura que dinamizaba la vida, quedaron en Egipto. El padre de familia, con la ayuda de un farol, buscaba todos los restos de pan fermentado que pudiese haber en casa, ya que debían desaparecer completamente. "Guardaos de la levadura de los fariseos y de Herodes", de sus motivos de funcionar (/Mc/08/15).

Echad fuera la vieja levadura para ser masa nueva (/1Co/05/07). En el N. Testamento aparece cuarenta veces el adjetivo "nuevo". Todas con sentido positivo.

¿Vivimos la fe como una normativa social (vieja levadura) o como una libre y agradable relación con Dios? ¿Hemos descubierto la novedad permanente de lo cristiano? ¿Preferimos la instalación al caminar ilusionado? ¿Añoramos un mundo nuevo? Jesús habla de sí mismo como cordero pascual sacrificado, con su carne separada de su sangre, partido como el pan y ensangrentado como el vino tinto. Viene a decir: voy a la muerte como verdadera víctima pascual y mi entrega tiene carácter expiatorio y sustitutivo como describe Isaías en el poema del siervo.

A las tres de la tarde, el aire de Jerusalén se pobló con los balidos de los corderos pascuales que eran sacrificados en el templo. Pero el auténtico cordero de Dios que rompía las limitaciones humanas moría fuera de la vieja ciudad, en el calvario.

Comulgar con Cristo supone comprometerse como él a aceptar el papel de siervos en favor de todos. El evangelio de Juan, narrándonos el lavatorio de los pies en lugar de la institución de la eucaristía, quiere darnos el sentido profundo de ésta: identificarnos con Jesús, siervo y solidario con los hombres, para ser factores de liberación. Para el cristiano, la construcción de un mundo solidario y justo está esencialmente ligada con la celebración de la eucaristía. Sin justicia no hay eucaristía.



- La noche más larga de la historia

Titularía está contemplación "The longest night" (la noche más larga). Vamos a contemplar la noche más larga de la vida de Jesucristo: Desde el prendimiento en el huerto de Getsemaní hasta el alba del viernes santo.

Todo ser humano desea ser respetado, ser tratado como lo que es. Todo ser humano tiene el sentido de la dignidad. Tiene también el sentido del honor. Y está dispuesto a morir antes de ver violado su honor. Un hombre digno pone el honor por encima de todo: Del mundo, de las cosas, del dinero, del bienestar, del placer. Prefiere ser un mendigo, pero que nadie le escupa, que nadie le abofetee. Cuando se viola el honor, el hombre se rebela y está dispuesto a lo que sea con tal de hacer respetar su honor o de verlo resarcido.

Cristo fue herido, acribillado, en su honor de hombre, en la noche más larga de la historia humana. Más todavía, fue destrozado en su honor de Hijo de Dios. Psicológicamente, el tiempo como que se detuvo en aquella noche de la ignominia.

Aplicación de sentidos

Quiero detenerme a ver el honor de Cristo destrozado por sus mismos amigos. Cristo ha dado su corazón y su amistad a unos hombres, y éstos se muestran indignos de esa amistad, la violan, e hieren así a Jesucristo en su dignidad de amigo.

Contemplemos la traición de Judas: Llega con un tropel de soldados y le traiciona de la manera más indigna: Con un beso. Con todo, Cristo le llama amigo. ¡Qué mansedumbre de la mirada de Jesús a éste pobre desgraciado! ¡Con qué amistad, con qué amor miraría a Judas! ¡En vano!

Traicionado por Pedro, que no lo reconoce, que reniega de Jesús. Con su negación pisotea el honor de Jesús que se ha dignado contarle entre sus amigos y discípulos. ¡Qué penetrante debió ser la mirada de Jesús, y a la vez qué dulce, para que Pedro, que le ha negado, salga del palacio de Caifás y comience a llorar amargamente!



Reflexiones Católicas.

Abandonado por todos los apóstoles: "Todos lo abandonaron", constata el evangelista. ¿Dónde están? Perdidos en medio de la ciudad, en la oscuridad de la noche, descontrolados, temerosos de ser reconocidos como discípulos de Jesús. La dignidad de la amistad, ¡qué bajos fondos toca en el alma de estos apóstoles!

Abandonado también por su pueblo. El pueblo que había recibido tantos beneficios de él, que le había escuchado, que había sido curado por él...en el palacio de Pilatos no sabe sino gritar: "¡Crucifícale! ¡crucifícale!".

Podemos aplicar también los sentidos a contemplar a Cristo deshonrado, tratado inhumanamente, siendo inocente. Tratado no sólo como criminal, sino como deshecho de hombre: Primero, abofeteado por un esclavo; luego escupido por unos cuantos soldados, medio borrachos; además, azotado, coronado de espinas sin piedad...En esas horas nocturnas se acumula toda la brutalidad del mundo contra Jesús, toda la ignominia del hombre.

La visión de fe

La visión de fe, ¿qué descubre en todo esto? En primer lugar, a la fe impresiona el silencio de Dios. Ante la inhumanidad de los hombres Dios calla; acepta, ama, sufre y redime en silencio. Nosotros nos hubiésemos rebelado, no hubiésemos permitido eso. Dios, que tenía poder de cambiar la escena, no lo hizo. Con su silencio descubre al hombre lo salvaje que es cuando se deja llevar del instinto de su naturaleza. Quiere hacer ver al hombre el abismo al que ha descendido como ser humano: No es digno de llamarse hombre. Por todo eso, Dios guarda silencio, un silencio que quiere ser enormemente elocuente.

La visión teologal nos ayuda también a descubrir la fe de Dios en el hombre. En todo hombre se esconde una fiera y un ángel. En esa noche el hombre ha demostrado con Jesús toda su bestialidad. Ha demostrado hasta donde puede llegar su alma de fiera. Jesucristo conoce, sin embargo, el corazón del hombre y tiene fe en el ángel que anida en su corazón. Calla, acepta, sufre como Dios para despertar ese ángel dormido que existe en todo ser humano; para redimir al hombre de esa bestia que lleva en el corazón, para matarla, y así lograr que el ángel, ya despierto, pueda vivir y manifestarse. Cristo tiene fe en el hombre, capaz de ser convertido en un verdadero hombre a la medida del salvador, el hombre



Reflexiones Católicas.

nuevo.

¿Por qué sufre Cristo tanta ignominia? "Permanece de rodillas inmóvil y silencioso, mientras el impuro demonio envolvía su espíritu con una túnica empapada de todo lo que el crimen humano tiene de odioso y atroz... ¡Cuál fue su horror cuando al mirarse no se reconoció, cuando se sintió semejante a un impuro, a un detestable pecador! Sus labios, su corazón eran como los miembros de un pérfido y no como los de Dios. Son esas las manos del Cordero inmaculado de Dios hasta ese instante inocentes, pero rojas ahora por mil actos bárbaros y sanguinarios. Son esos los labios del Cordero, ahora profanados por las visiones malignas y las fascinaciones idólatras en pos de las cuales abandonaron los hombres a su adorable creador. Su corazón está congelado por la avaricia, la crueldad, la incredulidad. Su memoria misma está cargada con todos los pecados cometidos desde la caída en las regiones terrestres. Así se ve a sí mismo Jesús hasta no reconocerse" .

¿Por qué? Por mí, para mí y en lugar mío. Por la humanidad, para la humanidad y en lugar de la humanidad. Esta es la verdadera visión que nos da la fe, ante el misterio de la pasión de Cristo.